

NUEVA RELACION, Y FAMOSO ROMANCE,  
 en que se da cuenta, y declara las valentias, arrojos, y temeridades, que ha executado un Mancebo, llamado Don Antonio de Belgara, natural de la Ciudad de Teruel: con lo demás que verá el curioso Lector. Sucedió este año de 1746.



PRIMERA PARTE.

A Tencion nobles Mancebos,  
 estos de la vida ayrada,  
 los que de dia, y de noche,  
 con el broquel, y la charpa,  
 con espadas, y escopetas,  
 y carabinas cargadas,  
 en corrillos, y saraos  
 estais mostrando arrogancias,  
 y quereis con esta infamia  
 mostrar de Jaques la fama.  
 Todos me presten silencio,  
 mientras mi lengua declara  
 de Don Antonio Belgara  
 de nacion Aragonesa,  
 y su muy amada Patria  
 es Teruel, Ciudad insigne,  
 aplaudida en toda España.

Desde niño se inclinò  
 à el manejo de las armas;  
 que à los veinte no cumplidos  
 en Teruel no se encontraba  
 quien pudiera competir  
 à su brazo, ni à su espada.  
 En la Plaza cierto dia  
 un Jaqueton se preciaba  
 de valiente, y estorzado  
 con tan altiva arrogancias;  
 que Don Antonio enfadado  
 le dixo: Saca esta espada,  
 que ningun guapo del mundo  
 delante de mi no habla.  
 Juntaronse los aceros,  
 con tal furor, y tal rabia,  
 que à los primeros encuentros  
 Don Antonio les dispara

en la mitad de los pechos  
tan formidable estocada,  
que le partiò el corazon;  
Dios le perdone su alma.  
Quatro amigos que traia  
salieron à la demanda,  
à los tres quitò la vida;  
y al otro fino escapara  
le sucediera lo mismo;  
su diligencia valga.  
Por estos inconvenientes  
dexò su querida Patria,  
y en un ligero cavallo  
(que mas que el viento bolaba)  
se partiò para Madrid,  
donde tuvo mala entrada,  
que al encuentro le salieron  
los Ministros, y las Guardas,  
diciendo: Que registrasse  
la maleta que llevaba.  
Don Antonio, respondiò,  
el Testimonio es quien habla;  
y tirando de un trabuco,  
con tal rigor le dispara,  
que dos quedaron difuntos,  
y otro una pierna quebrada.  
A las voces acudieron  
los Soldados de la guardia;  
y entonces muy valeroso,  
echando mano à su espada  
embistiò con todos ellos,  
y le dieron puerta franca.  
Y en su ligero cavallo  
se retirò à Salamanca,  
donde estuvo siete meses  
con un pariente en su casa.  
Y al cabo de dicho tiempo,  
se enamorò de una Dama,  
llamada Doña Maria  
Pacheco Ruiz y Moncada:

hermosa, rica, y discreta,  
y de sangre realzada.  
La Dama como prudente,  
correspondia vizarra  
à los amantes deseos,  
que Don Antonio mostraba.  
Y en la noche de San Juan  
viò Don Antonio que estaba  
Doña Maria al balcon,  
y con cariño le habla  
las razones que acostumbra  
el que finamente ama.  
A cuyo tiempo llegò  
la comitiva, y la guardia  
del Señor Corregidor,  
y promptamente le mandan,  
que se entregue à la Justicia,  
que Useñoria lo manda.  
Al decir estas razones  
se pusieron en batalla;  
le cercan, y le rodean,  
y sacando su guitarra  
comenzaron à danzar  
una jacara encontrada.  
A los primeros cruzados  
suspendieron esta danza,  
que se quedaron difuntos  
seis Ministros, y una Guarda.  
Empezaron hacer fuego,  
y Don Antonio dispara  
su formidable trabuco,  
y aun Escrivano que estaba  
retirado en una esquina,  
una bala derramada  
la cabeza le quitò  
del cuerpo larga distancia.  
Y el Señor Corregidor,  
si fugitivo no escapa,  
tambien huviera gustado  
la colacion de Vizcaya. Don

Don Antonio mal herido  
salio de aquesta batalla;  
que furiosos le passaron  
un brazo con una bala.  
Cortesano, y muy sentido  
se despidiò de su Dama;  
y porque el daño crecia  
se salio de Salamanca.  
Camino para Bilbao,  
donde compuso una carga  
de tabaco, y se partiò  
à despacharlo en la Mancha.  
En Belmonte despachò,  
en el Toboso, y la Guardia,  
pues le quedò solamente  
media arroba de la carga.  
Con ligereza se fue  
à San Clemente la Mancha  
con animo de salir  
del tabaco que quedaba.  
Y al Señor Corregidor,  
(que era Don Luis de Quesada)  
de Belmonte le avisaron  
con una carta cerrada,  
que prendiesse à Don Antonio  
si en la Villa le encontraba,  
que la Renta del Tabaco  
sin temor la defraudaba.  
Apenas se desmontò  
Don Antonio en la posada;  
quando le dieron aviso,  
que al instante se ausentara,  
que el Señor Corregidor  
el prenderle procuraba.  
Y montando en su cavallo,  
bien prevenidas sus armas  
fue à buscarlo, y le encontrò  
passeandose en la Plaza.  
Acercòse, y saludòle  
con urbanidad hidalga,

y con animo resuelto  
le dixo aquestas palabras:  
Què me manda U señoria,  
pues tengo noticia clara,  
que ayer tarde prevenido  
de Ministros, y de Guardas;  
con desvelo, y con cuidado  
me buscaba en la posada?  
Con cautela respondiò,  
una cosa de importancia  
tengo que darte noticia,  
y así partamos à casa.  
Don Antonio que entendìò  
la cautela, y la maraña,  
sin alterar el semblante  
dixo con dulces palabras:  
Perdone Usia, que tengo  
oy muy larga la jornada,  
y el tiempo que me detenga  
à la tarde me harà falta.  
Estando en estas razones,  
un Ministro se abalanza  
à la bria del cavallo,  
mas fue diligencia vana;  
que Don Antonio furioso  
le tirò tal cuchillada,  
que un brazo le derribò;  
en premio de su arrogancia.  
De la Plaza se salio  
sin que nadie lo estorbàra;  
y aquella noche llegò  
à la Villa de Minaya.  
Se partiò à Sierra-Morena;  
que es de Vandidos la capa;  
y en breve tiempo llegò  
hasta la Venta quemada,  
donde encontrò un Cavallero;  
que venia de Granada,  
llorando lagrimas tiernas,  
y preguntando la causa,

el

le dixo : Señor , me queixo,  
que de aqui corta distancia  
tres Ladrones han salido  
con crueldad inhumana,  
y alevosos me han quitado  
cien doblones que llevaba.  
Don Antonio con sigilo  
hizo que bien le informara  
de las señas que tenian,  
empeñando su palabra  
de buscarlos hasta que  
viera esta injuria vengada.  
Para mas fingir su hecho,  
de un Hermitaño que estaba  
en la Venta se vistió  
el Avitò que llevaba.  
A el Cavallero le dixo:  
que en la Venta le esperara,  
pues vendria con presteza  
si acaso los encontraba.  
Como un Leon carnicero  
se partiò, y en una rambla  
del camino corto trecho,  
se sentia una algazara  
de Gitanos, y èl entonces  
atò el Cavallo à una rama,  
y valido del silencio  
llegò al sitio donde estaban  
muy alegres, reparttiendo  
la moneda mencionada.  
Quando vido ser los mismos,  
segun las señas mostraban,  
su trabuco narangero  
empleò tambien su carga,  
que los dos con tristes ecos  
alli rindieron la parca.  
El otro muy asustado  
fugitivo se escapaba,  
y Don Antonio salió  
al encuentro con la espada,

y sobervio le despide  
una feròz estocada,  
que cayò muerto en el suelo  
sin poder hablar palabra.  
Y recogiendo el dinero,  
(que sobre una peña estaba,)  
se lo llevò à Don Francisco  
Romero, que assi se llama.  
Le acompañò muy gustoso,  
hasta llegar à su Patria  
à la gran Ciudad de Cuenca,  
digna de toda alabanza.  
Alli se estuvo unos dias  
hasta saber de su casa,  
donde le dieron aviso  
de que luego se ausentara,  
pues con vivas diligencias  
la Justicia le buscaba.  
Retiròse à Barcelona,  
y gustoso sentò plaza  
de Soldado, y se embarcò  
para servir en la Italia,  
y en el dia seis de Octubre,  
que gustosos se contaban  
mil setecientos quarenta  
y cinco, hizo su marcha.  
Dios le dè feliz acierto,  
y à nosotros nos dè gracia  
para gozar los tesoros  
de la Bienaventuranza.  
Y aqui Manuel de los Reyes,  
al Lector discreto encarga,  
que piadoso le corrija  
de este Romance las faltas.  
Y en otra segunda parte  
promete dár à la Estampa  
otros mayores assombros  
de Don Antonio Belgara,  
dandole Dios lumen fixo  
con las luces de su gracia,

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



NUEVA RELACION, Y FAMOSO ROMANCE, EN QUE SE da cuenta, y declara los arrestos, y empeños nobles, que mostrò Don Antonio de Belgara en el Reyno de la Italia; y assimismo se declara, como por empeño de su Santidad, nuestro Inviecto Monarca Don Felipe Quinto, le perdonò, y premiò con una Vengala de Coronel: con lo demàs que verà el curioso Lector.

Sucedìo este año de 1746.



SEGUNDA PARTE.

Todo guapo se amedran-  
te a vista de la arrogancia,  
valentias, y hechos nobles  
de Don Antonio Belgara;  
que en esta segunda Parte,  
dando timbres à la fama,  
en mal fundados conceptos  
mi debil pluma declara.  
Yà dixò, que se embarcò  
para el Reyno de la Italia,  
y en breve tiempo llegò  
en una Nave mercanta  
à Napoles la famosa  
doade le dieron la plaza

de Caete, porque llevè  
en el traje declarada  
la Nobleza que tenia  
de sus padres heredada;  
Apenas se vido en tierra,  
quando le escriviò una carta  
amorosa, y dolorida  
à la prenda que adoraba;  
Doña Maria Pacheco,  
que se quedò en Salamanca;  
dando à entender que rendido  
finamente le adoraba,  
y que seria su esposo  
si el Cielo no lo estorbaba.

Doblemos aqui la hoja,  
que fuera historia muy larga  
el referir por extenso  
el assunto de la carta,  
y en su lugar se dirá  
la respuesta de la Dama:  
Este illustre Cavallero,  
por su gentileza, y gala  
era encanto, y embeleso  
de la gente realzada,  
Duques, Condes, y Marqueses,  
y especialmente de Damas;  
procurando cada uno  
el llevarselo á su casa,  
y mostrarle con regalos  
lo mucho que le estimaba.  
Cierta dia Don Antonio  
se salió para la Plaza,  
donde vió un amigo suyo,  
que muy empeñado estaba  
con un Capitan Suizo  
en el juego de la espada.  
Con terminos cortesanos  
Don Antonio procuraba  
fossegarlos, pero fue  
su diligencia muy vana;  
que el Capitan muy furioso  
le tiró tal estocada,  
que á no retirar el cuerpo  
de parte a parte le passa.  
Quando vido Don Antonio  
aquella accion tan villana,  
echando mano á su acero,  
lleno de colera, y rabia  
embistióle tan sobervio,  
que á la primera estocada  
se la pegó por la frente  
con tal ayre, que la tapa  
de los sesos, le quitó  
en premio de su arrogancia:

Al estruendo, y á las voces,  
y al sonido de campanas,  
que con clamores muy tristes  
arrebato seña daban:  
de gente de todas classes  
se pobló toda la Plaza,  
procurando cada uno  
con su industria, y con su saña  
el prenderle, y él entonces  
hecho un Marte no dexaba,  
que ninguno se acercasse,  
aunque no le acompañaba,  
sino es, su grande valor,  
y los filos de la espada.  
Y aunque se vido tan solo,  
no por esso desmayaba,  
que por en medio de todos  
como una Onza danzaba;  
hecho un Leon carnicero,  
y bivora emponzoñada,  
que en breve tiempo dexó  
toda la Plaza inundada  
de sangre, y de cuerpos muertos;  
que de cinquenta passaban.  
Los heridos no se halló  
quien diera noticia clara,  
por el concurso tan grande,  
que se juntó á la demanda.  
Retiróse luego al punto  
(venciendo montes de espadas)  
al Palacio donde estaba  
el illustre Cardenal  
Corsini (que así se llama.)  
Su Eminencia le amparó,  
empeñando su palabra,  
de sacarle á paz, y á salvo  
por el valor que mostraba.  
Y por quitarle del riesgo,  
se lo llevó en su compañía,

en

en una rica carroza,  
porque à Roma caminaba  
(este Eminente Señor)  
à negocios de importancia.  
Caminaron muy alegres,  
y à la segunda jornada  
los Usares cautelosos  
tenian grande emboscada;  
por quitar al Cardenal  
el dinero que llevaba.  
Don Antonio que les vido,  
como un Leon se abalanza,  
y disparando el trabuco  
les diò tan gran rociada,  
que à cinco quitò la vida  
con el Gefe que llevaban.  
Los que quedaron, cobardes  
en fuga precipitada  
huyeron de Don Antonio,  
que mucho les acosaba.  
Quando se vieron yà solos  
prosiguieron con su marcha,  
y el Cardenal muy alegre  
à Don Antonio abrazaba,  
diciendole muchas veces:  
Yo premiarè tu arrogancia,  
pues basta ser Español,  
para que en ti dominara,  
valor, gentileza, y brio,  
que se originan de España.  
En fin, llegaron à Roma,  
donde fue muy laureada  
esta accion de Don Antonio;  
corriendo en Roma la fama  
de manera, que llegò  
à la noticia del Papa.  
Y el Cardenal consiguió,  
que Don Antonio llegara,  
y al Pontifice dixera  
sus arrojos en voz alta.

Su Santidad quando vido  
el gran dolor que mostraba;  
no solo le perdonò,  
si tambien escriviò carta  
por la posta, con empeño  
à nuestro Invicto Monarca,  
el Rey Don Felipe Quinto,  
honor, y gloria de España;  
pidiendo por Don Antonio,  
pues en èl solo encontraba  
el valor mas arrogante,  
que en pecho noble se halla.  
Quando viò su Magestad  
el empeño que mostraba  
su Beatitud en el pliego  
sin dilacion le despacha,  
dando el Decreto cumplido,  
que à Belgara perdonaba;  
y por sus grandes arrojos,  
le premiò con la Vengala  
de Coronel de à Cavallo  
de un Regimiento de España;  
Mandando à todos los Jueces,  
que por donde transitara  
(Don Antonio) que le diessen  
la custodia necessaria.  
Llegado à Roma este pliego;  
à Don Antonio le llama  
su Santidad, y le dice  
por extenso lo que passa.  
De la alegria, y el gozo;  
el corazon no cessaba  
dàr latidos de placer,  
contemplando dicha tanta.  
Y postrado de rodillas  
diò repetidas las gracias  
à nuestro muy Santo Padre  
por finezas tan colmadas,  
como recibì aunque indigno  
de su mano Soberana.

La licencia le pidió,  
para bolver à su Patria;  
la que le fue concedida  
con una Bula que manda  
le desposen luego al punto,  
que llegasse à Salamanca.  
El Cardenal mencionado,  
para llegar à su casa,  
le diò doscientos doblones  
en premio de aquella hazaña,  
que mostrò con los Usares,  
quando à Roma caminaban.  
En este tiempo llegó  
la respuesta de la Dama,  
tan dolorida, y amante,  
tan discreta, y bien fundada,  
que de gozo Don Antonio  
fuentes sus ojos brotaban,  
sollozos el corazon,  
y tiernos ayes su alma.  
Con esta dulce noticia  
acelerando su marcha,  
en breves dias llegó  
à la Ilustre Salamanca,  
donde apreciaron alegres  
todos su feliz llegada.  
Mostrando grandes afectos,  
especialmente su Dama,  
que aquella noche logró  
ser esposa muy amada,  
con el Santo Matrimonio,  
como la Iglesia lo manda.  
Executado à la letra,  
lo que la Bula mandaba  
de nuestro muy Santo Padre,  
que dexamos expressada.  
Divulgòse esta noticia,  
y à otro dia de mañana

los cochès; y las carrozas  
de Cavalleros, y Damas,  
para ver à Don Antonio  
por las calles se cruzaban;  
que de gozo la Ciudad  
se mostraba tumultada.  
Y en el dia seis de Marzo;  
en hacimiento de gracias,  
à la Virgen del Rosario  
(su Patrona, y Abogada)  
con toda solemnidad  
dixo una Missa cantada.  
Predicando un Religioso  
de la Orden Franciscana,  
que con dulce melodía,  
y eloquencia bien fundada  
daba tymbres à las glorias  
de esta Reyna Soberana,  
de esta Columna sublime,  
que hasta el Cielo se levanta,  
de esta luz brillante, y pura,  
depòsito de la gracia.  
Estos fueron los arrojos,  
los empeños, las hazañas,  
y el premio que mereció  
Don Antonio de Belgara.  
Bien pueden todos los guapos  
mirarsen en esta pauta,  
y en estos tiempos callar  
à vista de esta arrogancia,  
que en los anales del tiempo  
no es escrita, ni notada.  
Y con debida obediencia  
Manuel de Reyes encarga  
al Auditorio discreto  
le perdonen tantas faltas,  
como en esta Relacion  
à cada passo se hallan.

---

*Se hallarán en Marcia en casa de Diego Prior, junto à Santa Isabel.*